

HOSPITAL, O (Incio)

Con el sugerente topónimo de O Hospital de San Pedro Fiz se conoce todavía hoy esta parroquia situada en la montañosa vertiente oriental del ayuntamiento de O Incio, a unos 710 m de altitud. Una tortuosa carretera comarcal, la LU-644, nos llevará hasta la capital municipal donde deberemos desviarnos por la LU-642, que pasa al lado de la iglesia tras atravesar la aldea donde vive el sacristán de la parroquia, que es el encargado de abrir y enseñar el edificio a los visitantes. El conjunto monumental se sitúa en un paisaje espectacular en la ladera de una estribación de la sierra de Oiribio que desciende hacia el sur cuajada de prados hasta la cuenca del río Cabe.

Abundantes testimonios arqueológicos dan cuenta de su ocupación en época castreña y romana. Con la cristianización de la *Gallaecia* la zona fue refugio de eremitas y pequeñas comunidades religiosas de tipo familiar, una de las cuales debió de ser el origen de nuestra iglesia. Testimonio material de este origen es una lauda sepulcral de estola que fue encontrada semienterrada en el atrio cimiterio de la actual iglesia y que se remonta, por su tipología tan característica, a la época altomedieval.

La mención documental más antigua de la existencia de un cenobio la encontramos en la colección diplomática del vecino monasterio de San Julián de Samos, concretamente en un pleito fechado el 4 de mayo del año 1003 entre esta comunidad y las de *Sancti Felicis de Onitio* y de Destriana, un monasterio hoy desaparecido, sobre la pertenencia de dos familias de siervos.

El monasterio debió de continuar teniendo este carácter familiar tan típicamente altomedieval hasta los años finales del siglo XII cuando nos consta que pertenecía al magnate castellano Gutierre Rodríguez de Castro. Este personaje se había convertido desde 1182 en el tenente del condado de Sarria tras la extinción de la antigua familia condal el año anterior con la muerte de la condesa Sancha Fernández. Dos años después, en 1184, aparece firmando como *dominans in Monte Nigro et Sarra et Lemos*, en un documento que el rey Alfonso IX otorgó al monasterio de Santa María de Meira confirmando sus posesiones e independencia y evitar, de este modo, la rapiña a la que estaba siendo sometido por parte de los nobles locales tras la comentada extinción de la familia fundadora, los condes de Sarria. Gutierre Rodríguez comienza entonces un proceso de afirmación de su poder en el territorio que incluyó la adquisición de diversos territorios y, tal y como habían hecho sus antecesores en el condado, el patronazgo religioso. Dentro de esta estrategia debemos entender entonces la donación que tanto el magnate como su mujer Elvira Osorio hacen del monasterio de San Fiz a la Orden de San Juan de Jerusalén. La elección de los hospitalarios como beneficiarios no es tampoco casual sino que supone una continuidad con las concesiones que su familia había hecho a la Orden en años anteriores.

El documento de la donación conservado en el cartulario de la Orden en una copia del siglo XV está datado en el 29 de mayo de la era 1210 (año 1172) aunque debe de ser un error del copista ya que la mención al rey Alfonso IX y al obispo Rodrigo II de Lugo obligan a situar su cronología entre los años 1188 y 1218. Sea como fuere, nos encontramos en unas fechas que coinciden con la introducción en Galicia de los Hospitalarios y la conformación de su patrimonio material. El texto de la donación es de gran interés ya que especifica que las posesiones de los Hospitalarios en tierra de Lemos, entre los ríos Lor y Miño, deberían de formar parte de una misma encomienda junto con O Incio. Además, siguiendo con la costumbre altomedieval de la *traditio corporis*, los donantes se habrían de enterrar, a su muerte, en la iglesia de San Fiz donde su cuerpos serían custodiados por los religiosos. Debido a esto obligan a la Orden a mantener allí al menos a tres monjes. Pero el dato que más nos interesa aparece en el apartado de la *sanctio* del documento, donde se especifica que si los hospitalarios quebrantasen el acuerdo, deberían pagar doscientas piezas de oro *qui mittantur in opere ecclesie Sancti Felicis de Unitio*. Es decir que en el momento de la donación ya se estaba construyendo la iglesia de San Fiz, o al menos era ya un proyecto a punto de realizarse, a cuya ejecución iría destinado el oro recaudado con la sanción.

Desde entonces la plaza perteneció a los caballeros del Hospital formando parte de la Encomienda de Quiroga de la que solo se segregó a partir de 1776. Allí se construyó, además de la iglesia,

una fortaleza formada por una gran torre de planta casi cuadrada de la cual hoy queda solamente su cuerpo bajo convertida en panteón señorial de la familia de los Quiroga. Se conserva mejor otra de las torres defensivas originales de la fortificación en la parte sur de la iglesia. Tiene casi cinco metros de alto y a pesar de las reconstrucciones que ha sufrido, de las que son testigos sus muros, todavía se pueden reconocer las almenas medievales en su parte oeste, en tiempos posteriores aprovechadas como espadaña para las campanas. En el lado sur de la iglesia estaba el edificio de la Encomienda para vivienda de los monjes. Tras la conversión de la iglesia en parroquia una pequeña parte fue aprovechada como sacristía y el resto, ya sin cubierta, como camposanto. El acceso primitivo al edificio se conserva todavía hoy en un fragmento del muro medieval situado en línea con la fachada de la iglesia. Es una sencilla puerta románica con arco de medio punto que descansa sobre los muros laterales con una imposta en chaflán. El arco cobija un tímpano monolítico sostenido por unas sencillas mochetas cortadas en caveto. Por su morfología, estos restos pertenecen a la misma cronología que la iglesia aunque fueron levantados, lógicamente, con posterioridad a su finalización.

En el siglo XVI la situación del Hospital de O Incio no debía de ser muy buena a juzgar por la información que sobre el estado de sus edificios nos da una visita de reconocimiento del año 1561. De hecho se ordenan diversas reparaciones ya que muchas paredes estaban hendidas, llovía dentro de la torre y, en general, su aspecto y conservación dejaban mucho que desear.

La Encomienda desapareció en el año 1874, al igual que las restantes de la Orden, por disposición de la Santa Sede, de modo que la iglesia pasó a convertirse en una parroquia más del obispado de Lugo.

Iglesia de San Pedro Fiz

SIN DUDA LO MÁS SIGNIFICATIVO DEL CONJUNTO monumental es la iglesia de San Pedro Fiz que, en una primera aproximación, ya llama nuestra atención por la calidad de su fábrica que se manifiesta no solo en el material, mármol de O Incio, sino también en el cuidado con el que fueron labrados y dispuestos los sillares y sus juntas. En general, la construcción se encuentra en buen estado de conservación manteniéndose prácticamente íntegra la estructura románica.

De época moderna, seguramente posterior a la comentada visita de reconocimiento de 1561, datan ciertas reformas que se observan en la fábrica y que son ajenas a la construcción original. Así, las ventanas cuadradas con derrame que vemos hoy en la nave son muy del gusto moderno así como la organización del piñón de la fachada occidental en el que, con cornisas, esas sí de origen románico, se ha buscado simular un frontón partido por una ventana también cuadrada y realizada en ese momento.

Fue declarada Monumento Nacional el 19 de junio de 1981 y unos años después, en 1986, sufrió una profunda restauración a la que le debemos su estado actual.

La iglesia tiene una planta formada por una única nave con un ábside en la zona oriental. Como suele ser habitual en este tipo de iglesias, tres puertas comunican la nave con el exterior. La principal se sitúa en el eje longitudinal. La siguiente en importancia, como veremos, es la del muro sur que daba acceso a los edificios de la Encomienda y luego la norte que comunica con la torre próxima. Responde, por tanto, a una de las tipologías más extendidas en el románico gallego tanto

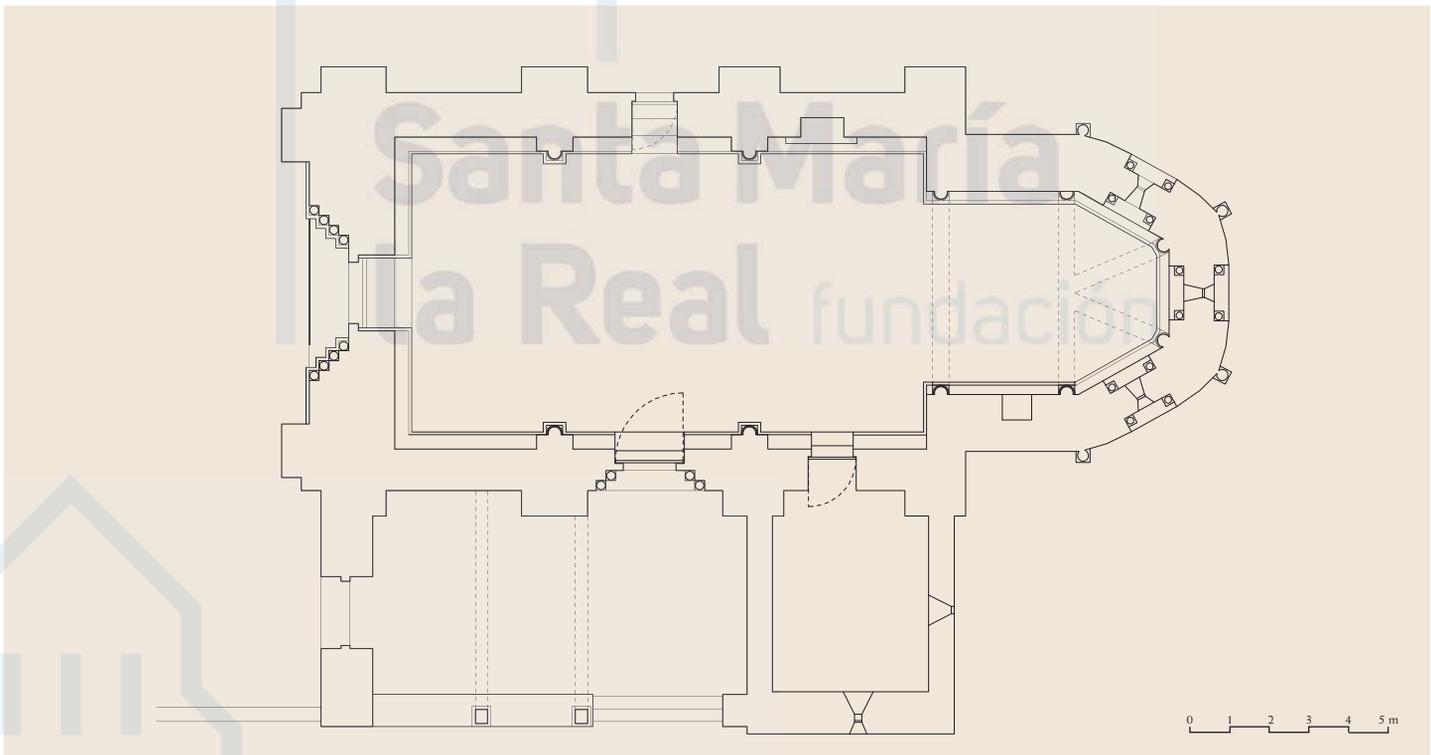
entre las iglesias parroquiales como entre pequeñas comunidades religiosas, ya que presentaba una escasa complicación constructiva permitiendo, en la mayoría de los casos, una rápida ejecución de las obras. En el caso de San Pedro Fiz nos encontramos con uno de los ejemplos más sobresalientes de este tipo no solo por la calidad de su construcción sino por la elaborada articulación de sus elementos constructivos.

En este sentido, llama nuestra atención en el exterior el ábside que abandona el tradicional tipo de tambor semicircular para organizarse de forma poligonal de modo que al tramo recto le siguen otros tres que, no obstante, se curvan ligeramente en algunos puntos acercando el conjunto al semicírculo. En alzado está dividido en tres calles separadas por cuatro semicolumnas con basas áticas sobre plintos paralelepípedicos y que rematan bajo el alero del tejado con capiteles entregos de variada decoración. Horizontalmente se divide en tres cuerpos separados por impostas cortadas en caveto de las cuales una resulta de la continuación de los cimacios de los capiteles de las ventanas y la otra le sirve de base a estas. Las tres son de tipo completo, con dos arquivoltas con los ángulos en bocel. Estos generan en rosca e intradós sendas medias cañas, en la mayoría de los casos guarnecidas con delicadas flores que unas veces adoptan la forma de un botón con puntos de trépano y, en otros, los pétalos se abren en forma de cruz. La arquivolta externa descansa directamente sobre las jambas y está guarnecida por una chambrana cortada en caveto mientras que la interna lo hace sobre columnas acodilladas de fustes monolíticos, capiteles vegetales y basas áticas sobre plintos que, en



Vista general

Planta



muchas ocasiones, están decorados con motivos geométricos. Todo el conjunto está coronado por una cornisa en caveto sobre la que apoya el alero del tejado y que, a su vez, está sostenida por canecillos cortados, todos ellos, en forma de proa

de barco. Los muros laterales de la nave se organizan de forma similar, divididos en tres tramos por medio de anchos contrafuertes de remate escalonado. De estos, los más orientales son menos gruesos que sus correspondientes al oeste. En el tramo



Alzado norte

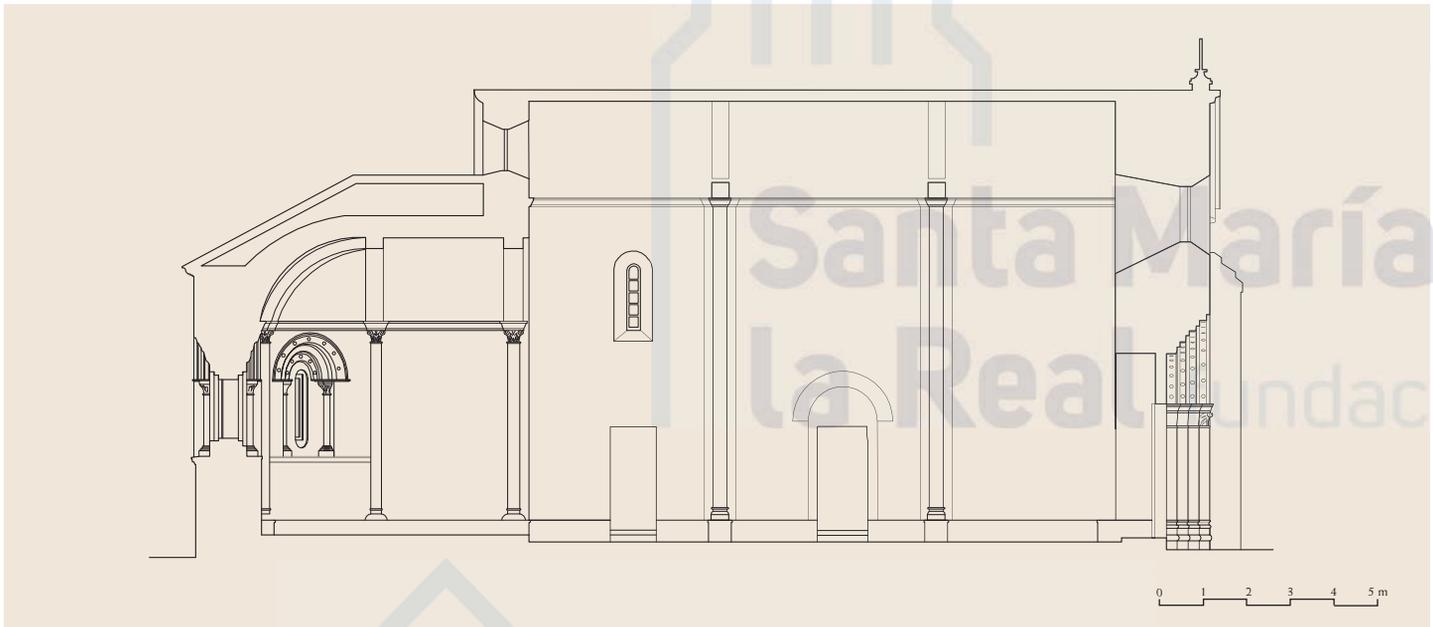
Alzado sur



central se abrió una puerta muy sencilla, a paño con el muro, con un dintel semicircular apoyado sobre mochetas cortadas en proa. En los dos tramos orientales se abrió una ventana formada por una estrecha saetera de medio punto con derrame externo mientras que en el occidental permanece el muro macizo. Una serie de mochetas en proa alineadas a media altura a lo largo de este muro nos hablan de la primitiva existencia de una cubierta apoyada en ellos sobre un armazón de madera que formaría un pórtico o bien alguna estancia para servicio de la comunidad. El muro se corona con una volada cornisa de

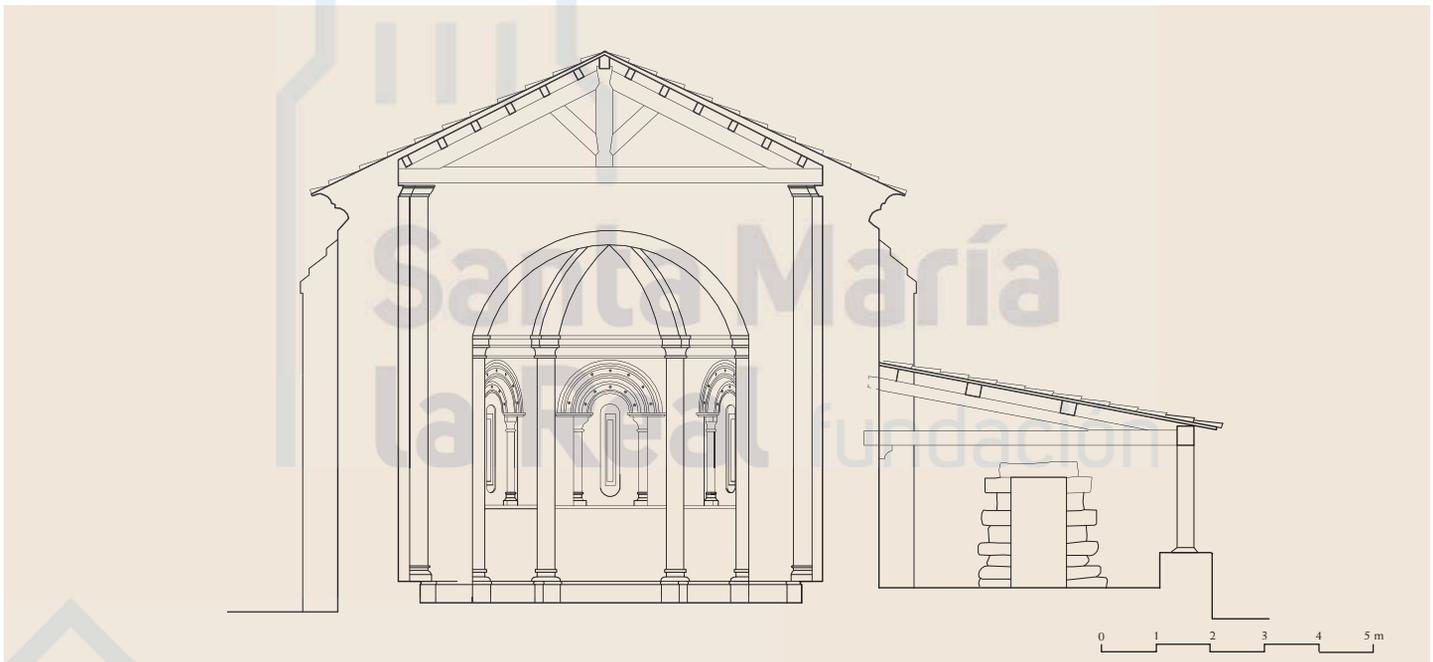
nuevo cortada en caveto y sostenida por canecillos en proa entre los que se insertan dos de rollos rompiendo la monotonía. El vuelo de la cornisa parece todavía mayor dado el inusual tranqueo de las metopas con respecto al resto del muro.

La visión del muro sur se encuentra hoy un tanto deformada por la presencia del pórtico cubierto construido con los restos del edificio de la antigua Encomienda. A pesar de eso se reconoce perfectamente que su articulación general es como la del norte. De las ventanas que tenía, la oriental se conserva intacta mientras que la de la calle central fue totalmente



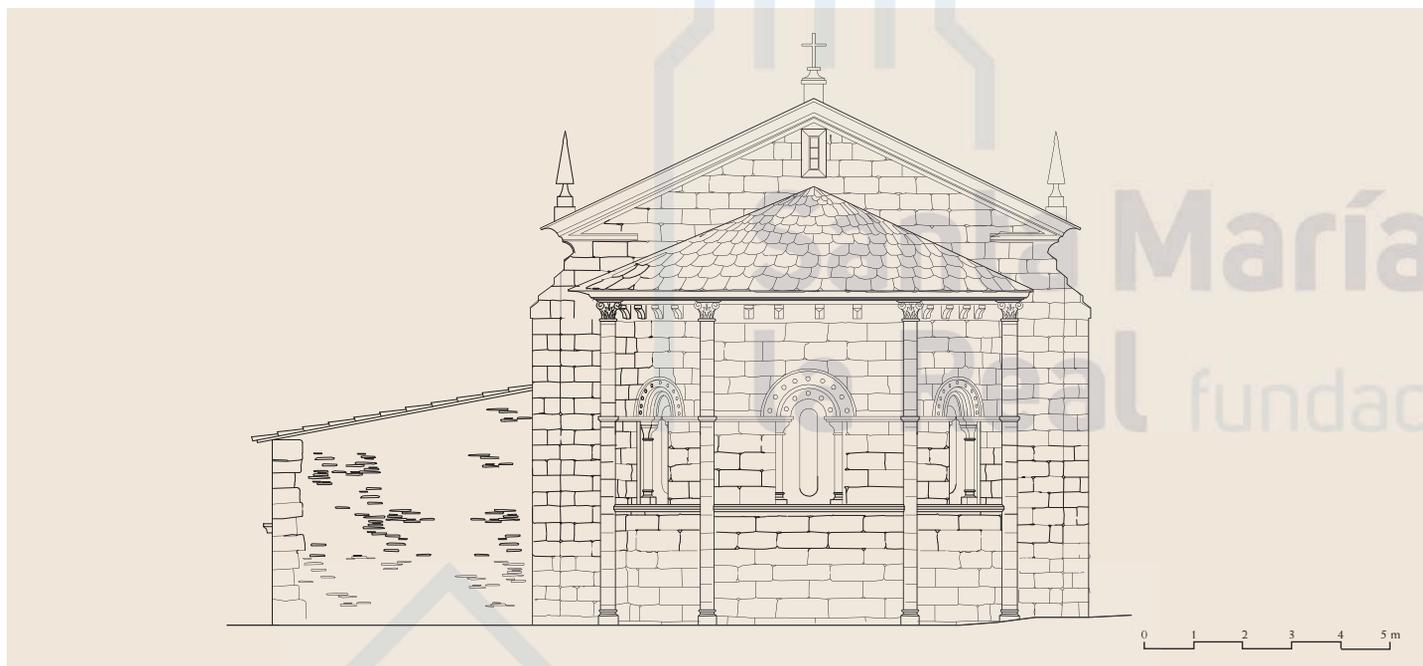
Sección longitudinal

Sección transversal



reformada y presenta hoy un vano cuadrado muy del gusto moderno. Bajo ella se abrió una portada en la que, al contrario que en la anterior, no se escatimaron recursos decorativos, quizás porque era la que daba al edificio principal del Hospital. Tiene dos arquivoltas de las cuales la exterior es la más sencilla ya que consta de un grueso bocel angular que genera, solo en la rosca, una escocia lisa. En la interna, por su parte, el bocel del ángulo genera, como en las ventanas, sendas medias cañas en la rosca y el intradós que vuelven a aparecer salpicadas por grupos de cuatro bolitas que parecen evocar flores.

El tímpano está formado por un único bloque pétreo en el que se labró, dentro de un círculo, una cruz de brazos en punta que nacen de un círculo central y que, además de marcar la puerta como hito liminar ante el espacio sagrado del interior de la iglesia, recuerda su pertenencia a la Orden de san Juan que en el siglo XII empezó a utilizar este tipo de cruz como su emblema. Bajo ella, el dintel se labra de la misma manera que la arquivolta interior continuando esta molduración por las mochetas y las jambas de la puerta. Tiene dos columnas por jamba que se adosan a unos codillos con los ángulos



Alzado este

Alzado oeste



labrados en bocel. Los fustes son monolíticos y las basas áticas con un grueso toro inferior que se apoyan sobre un elaborado basamento. De abajo arriba encontramos, en primer lugar, un basamento con codillos sobre el que se colocó una moldura formada por un grueso baquetón y un listel. Sobre este apoyan los plintos que están todos decorados con cintas que forman, en los de la derecha, un motivo entrelazado con formas curvas y, en los de la izquierda, una serie de rombos resultado de su entrecruzado angular. De los cuatro capiteles,

uno tiene hojas muy pegadas a la cesta con bolas en las puntas y el resto son variaciones del mismo modelo de cintas entrelazadas rematadas en palmetas cuya superficie puede quedar lisa o estriarse según los casos.

En la cornisa que remata el muro por esta parte encontramos una mayor variación en el diseño de sus canchillos, siempre con el denominador común de las formas geométricas. Así, entre los consabidos en proa, aparecen otros con rollos o toneles e incluso uno con un fino taqueado.



Vista del frente norte

La fachada principal está absolutamente dominada por una gran portada enmarcada por los dos anchos contrafuertes de los ángulos. Consta de cuatro arquivoltas que se organizan de forma idéntica con el baquetón angular y las medias cañas decoradas con grupos de cuatro bolas o círculos con cruces, es decir, la misma articulación y motivos decorativos que vimos en las ventanas del ábside y en la puerta sur. Enmarcan un tímpano que presenta evidentes signos de haber sufrido una reforma. El primero de ellos es el hecho de que esté dividido en tres piezas con la central en forma de cuña, el segundo es la molduración de la parte baja que no coincide con el de las mochetas y las jambas como es habitual en este tipo de portadas. El tercero es el escudo labrado en la pieza central cuyo estilo no corresponde a la época medieval. Con estos datos habría que concluir que el tímpano original fue dividido en dos partes en un momento indeterminado de la época moderna, desplazando las dos partes para insertar en su centro la pieza trapezoidal con el escudo.

Los codillos de las jambas vuelven a estar abocelados para suavizar sus ángulos y las columnas se levantan sobre un basamento igual al de la puerta sur. Los capiteles vuelven a ser variaciones de dos tipologías, la de cintas entrelazadas y la de hojas muy planas con bolas en las puntas. Llamamos de nuevo la atención los plintos por su decoración en la que además de la cinta entrelazada usada en los de la puerta sur se introduce también el motivo del taqueado y otro con círculos concéntricos. Pero el motivo que más llama la atención de la

historiografía por su originalidad y escasez es el grueso bocel en zigzag que rodea las arquivoltas a modo del chambrana y que continúa luego por las jambas hasta el suelo enmarcando todo el conjunto y aportando una nota de unidad a una composición ya de por sí muy homogénea. Es necesario hacer una referencia a los herrajes que conservan tanto esta puerta como la sur y que bien pueden datar de principios del siglo XIII dadas las concomitancias que presentan con los de las iglesias del Salvador de Sarria, Vilar de Donas o la iglesia abacial de Meira, donde encontramos el mismo tipo, más o menos desarrollado, de vástago central con volutas decorativas a ambos lados.

Una vez en el interior de la iglesia nos encontramos con un espacio ritmado por las respensiones que dividen la nave en tres tramos. Están formadas por gruesas pilastras con semicolumnas adosadas sobre las que se apoya el armazón de madera del tejado que cubre la iglesia. Todo el perímetro de la nave está recorrido por un banco de fábrica de perfil abocelado sobre el que se levantan las pilastras y que se proyecta hacia delante en forma de plinto para sostener las bases de las semicolumnas. El resto de los elementos constructivos son de una absoluta sobriedad, desde las ventanas simplemente abocinadas también al interior hasta las tres puertas que por aquí presentan únicamente arco de medio punto descansando directamente sobre las jambas, que permanecen en arista viva en la norte y aboceladas en la sur y oeste.

En contraposición con esta austeridad, en la cabecera se hizo un mayor esfuerzo decorativo a través de medios archi-



Detalle de la ventana del ábside

tectónicos y escultóricos. Se abre a la nave con un arco de medio punto doblado, de aristas vivas, que descansa sobre semicolumnas que apoyan sobre el banco de fábrica que también recorre la cabecera. La unión entre el tramo recto, cubierto con bóveda de cañón, y el tambor absidal se hace a través de un nuevo arco, también de sección prismática, y asimismo apoyado sobre columnas.

El semihexágono del muro de cierre al interior aparece marcado en sus ángulos mediante la adición de dos columnas adosadas cuya función es, además, sostener los nervios de sección prismática que refuerzan el cascarón para morir junto a la clave del arco fajón. A la impresión de riqueza decorativa contribuyen en gran medida las tres ventanas que, a diferencia de las de la nave, aquí se articulan con doble arquivolta y columnas acodilladas rodeando el vano abocinado central. La concentración de escultura en esta zona es otro elemento que nos habla de este interés por magnificar la parte más sagrada de la iglesia. De hecho, en el ábside se concentran, a falta de los de las columnas de las responsabilidades de la nave, la totalidad de los capiteles del interior de la iglesia, todos con una variada decoración vegetal y animal. La ornamentación se extiende incluso a los cimacios y a las basas y sus plintos, la mayoría de los cuales presentan motivos geométricos o vegetales muy estilizados.

En general se aprecia en toda la iglesia una gran unidad tanto en lo arquitectónico como en lo decorativo lo cual es un claro indicativo de que fue levantada por el mismo taller en



Detalle de la portada sur

una única campaña constructiva y seguramente en un periodo relativamente corto de tiempo.

Es muy probable también que, tal y como había apuntado Vázquez Saco, el proyecto original hubiese sido sensiblemente distinto y haber tenido una mayor proyección en altura con un cuerpo superior fortificado. Efectivamente, resulta llamativo, en el exterior, tanto las proporciones un tanto achaparradas que presenta hoy la iglesia como los comentados signos de movimientos de sillares en la parte superior de los muros. Esta idea se ve reforzada tras una observación detallada del interior. Allí encontramos, en la contrafachada, un estrecho ándito practicado en el grosor del muro cuyos muros laterales esperaríamos que estuviesen unidos en la parte superior por un arco como ocurre en otros edificios de similar cronología como San Nicolao de Portomarín o Santo Estevo de Ribas de Miño (O Saviñao), de forma que bajo él se pudiese abrir un gran rosetón o una ventana para iluminar el interior. Este vano es, de hecho, un elemento que ciertamente se echa en falta en la fachada. Por otro lado, hay que recordar los muros laterales con sus respaldos que, dado su grosor y articulación, hacen suponer que, originalmente, hubiera estado prevista una cubierta abovedada para la iglesia a una mayor altura que la actual lígnea. Esto habría permitido la construcción de un adarve almenado y un camino de ronda que le conferirían a la iglesia el aspecto de una fortaleza más acorde con el carácter militar de la Orden y con el del resto de construcciones que rodeaban la iglesia. Des-

graciadamente, en el estado actual de las investigaciones no es posible concluir si este proyecto de iglesia fortaleza fue abandonado sobre la marcha en favor de uno más sencillo y con un carácter más eclesial o si realmente se llegó a construir de este modo y fue eliminado posteriormente, quizás en el siglo XVI tras la visita de reconocimiento en la que se había detectado "que tenía hendidas las paredes". Sea como fuere, de confirmarse esta hipótesis estaríamos ante otro ejemplo de gran templo fortaleza como el que los propios hospitalarios construyeron coetáneamente en Portomarín y que permitiría hablar de una tipología eclesial adaptada a esta Orden y desarrollada en torno al 1200 a partir de un modelo tradicional de iglesia.

Cronológicamente, el inicio de la construcción habría que situarla en los años finales del siglo XII. Esta datación cuenta con el apoyo documental de la comentada donación del conde Gutierre Rodríguez en la que se hacía referencia, recordemos, a la obra de la iglesia que, por otro lado, se enmarca dentro de un momento de consolidación del patrimonio material de la Orden de San Juan en Galicia, lo que permitirá la construcción de hospitales y templos en todas sus encomiendas entre las que destaca por su gran calidad la comentada iglesia fortaleza de San Juan de Portomarín.

Estos datos de tipo histórico vienen además corroborados por las características arquitectónicas de la construcción y que están en relación con las habituales en las construcciones realizadas en torno al año 1200.

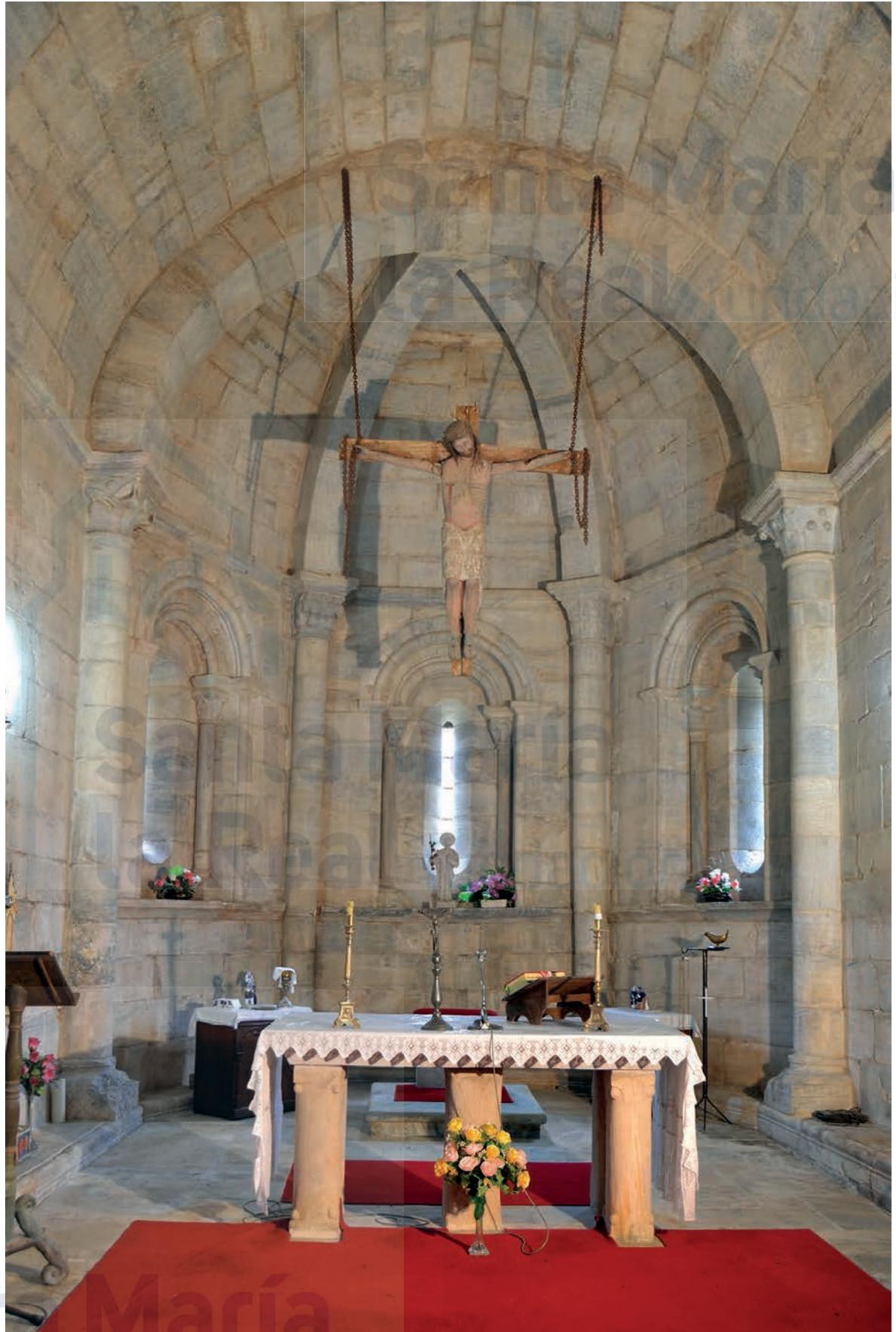


Fachada occidental

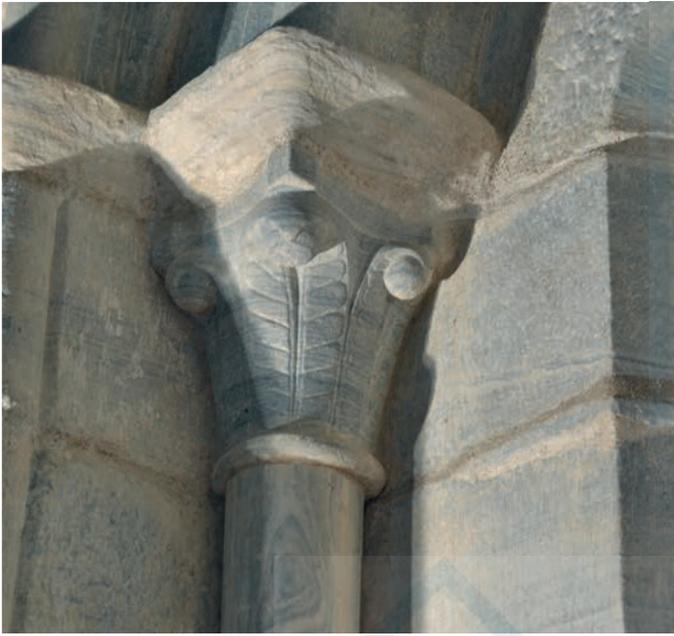


Portada occidental

laría
fundación



Interior del ábside



Capitel vegetal del ábside

Una de ellas es la tradicional planta de una sola nave también con un único ábside que se sobredimensiona buscando la continuidad con aquella para crear una sensación espacial unitaria muy propia de la estética arquitectónica gótica que se empezó a filtrar en los talleres de la zona en torno al cambio de siglo. Esta concepción de un espacio diáfano y luminoso no se aprecia hoy en día en toda su amplitud al no haberse conservado la iglesia en su aspecto primigenio que ofrecería, como apuntamos, una mayor altura en la nave y seguramente una iluminación directa de esta desde el hastial occidental.

Un elemento muy característico de este momento es el tipo de ventana de doble derrame muy utilizada en el primer románico y recuperada ahora por la arquitectura cisterciense por su simplicidad y practicidad para la iluminación interior del templo. También en relación con la arquitectura del Cister y más concretamente con la abadía de Santa María de Meira hay que poner ciertos detalles arquitectónicos de San Pedro Félix como la utilización de contrafuertes muy anchos y de remate escalonado o el gran desarrollo de la portada occidental

Otro elemento recuperado de la arquitectura de finales del siglo XI es el ábside poligonal que a pesar de su temprana introducción en la Catedral de Santiago de Compostela y algunos edificios directamente dependientes de ella no obtuvo un excesivo éxito en Galicia y cuando aparece es en su inmensa mayoría en edificios datados entre las décadas finales del siglo XII y principios del XIII como San Fiz de Cangas (Pantón), Santa Eulalia de Losón (Lalín, Pontevedra) o San Xurxo de Codeseda (A Estrada, Pontevedra). En el interior de estos dos últimos ejemplos encontramos, además, otro elemento característico de estos años y que denuncia también la progresiva



Capitel con decoración animal en el ábside

introducción de la estética gótica. Se trata de los nervios superpuestos al cascarón del ábside que se usan también en O Incio, donde se aprecia una integración con la fábrica ausente en otras iglesias coetáneas en las que la aparición de estos nervios es más forzada y denuncia un aditamento posterior al proyecto original.

Los motivos decorativos que encontramos en la escultura del templo confirman también la cronología propuesta para la iglesia. El que más ha llamado la atención de la historiografía que se ha ocupado del edificio es la moldura en zigzag de la portada occidental, que siempre se ha puesto en relación con la que aparece en la misma situación en la iglesia de San Pedro de Bembibre (Taboada), una construcción datada por inscripción en 1191. Según D'Emilio la aparición de este motivo en Bembibre, O Incio y en Sarria, donde sabemos que se había usado también en la portada de la desaparecida iglesia de Santa Mariña, es un indicio de la difusión de los repertorios decorativos cistercienses por la zona. De hecho, su uso se detecta en diversas casas de la Orden –Moreruella, Huerta, San Andrés de Arroyo, Valdediós o Gradefes–, sobre todo en espacios claustrales. En este sentido el mismo investigador ha demostrado cómo las estrechas relaciones existentes entre los condes de Sarria, el monasterio cisterciense de Santa María de Meira y la Orden del Hospital en los años en torno al cambio de siglo hizo que escultores formados en Meira versionaran, con el duro mármol de O Incio, modelos de capiteles de la abacial en San Pedro Fiz, como el de cintas, tan usado en las portadas occidental y sur, o el de palmetas organizadas en torno a un tallo que vemos en el exterior del ábside y que tiene modelos muy claros en las partes orientales de Meira. Esta misma relación también explicaría la utilización en O Incio de otros motivos como las extrañas formas en hoz alrededor

de un tallo central de un capitel del ábside y que no son otra cosa que una abstracción de los candelabros arbóreos que enmarcan el *Agnus Dei* de la antigua puerta del claustro de Meira, los capiteles con hojas muy planas rematados en bolas o las basas decoradas con elementos geométricos como las arcuaciones de la columna derecha del arco triunfal. En otros capiteles, el obrador de O Incio muestra su inspiración en las tradiciones locales recuperando motivos como el de los leones afrontados que comparten una única cabeza en el ángulo del capitel que es muy propio de la escultura del 1100 y que, también según J. D'Emilio, los escultores trajeron de San Martiño de Mondoñedo (Foz). Otro de los tallistas recurre al tipo compostelano de grandes hojas lisas y caulículos entrecruzados cuyo modelo concreto se ha detectado en el ábside de la cercana iglesia de Santa María de Ferreira de Pantón, un edificio construido hacia 1150 pero afiliado a Meira en 1175.

Todos estos datos permiten concluir que la iglesia de San Pedro de O Incio fue levantada por un taller procedente de la abadía cisterciense de Meira, de la que no dista más de sesenta kilómetros, planteando una iglesia adaptada a las necesidades de una pequeña pero poderosa comunidad monástico-caballeresca como era la de San Juan del Hospital. Las obras debieron de empezar en los últimos años del siglo XII tras la donación a la Orden finalizándose seguramente hacia 1220-1230.

El templo conserva todavía la antigua pila bautismal, hoy situada en la nave junto a la puerta de la sacristía. La copa se apoya sobre una base cilíndrica y tiene un gran desarrollo en altura lo que permitió dividir su superficie horizontalmente en tres partes. Así, en la embocadura, una franja en resalta da paso a otra más ancha y rehundida que se prolonga hasta el comienzo de la parte curva en la que se tallaron una serie de arcuaciones. Estas son una adaptación a un soporte mayor de los arquitos que decoran alguna de las basas de la iglesia y que, como vimos, son un motivo de ascendencia cisterciense. Este dato permite enmarcar la producción de esta pila dentro del taller que construyó la iglesia y, por lo tanto, estimar una datación para ella en las primeras décadas del siglo XIII.

Muy interesante resulta también en cuanto a testimonio de la existencia de una iglesia anterior a la actual en este mismo enclave el fragmento de un frontal de altar que apareció en febrero de 1986 durante la restauración de la iglesia bajo el pavimento del presbiterio. Está realizado en piedra caliza y mide 61 x 55 x 8 cm. En él se reconoce la escena de la crucifixión de Cristo al que acompañan, en la parte superior, los bustos del sol y la luna y, bajo la cruz, dos personajes, uno haciendo una especie de reverencia y el otro mirando hacia arriba. Las características estilísticas del relieve con un modelado muy somero y cuerpos desproporcionados y rígidos llevaron a J. Delgado a proponer una cronología para la pieza en el siglo VI. Sin embargo, estas mismas características formales



Restos de frontal de altar románico

son coincidentes con las que emplea el taller que trabaja en la antigua catedral de San Martiño de Mondoñedo (Foz), donde también se conserva un frontal de altar en relieve, en este caso completo. Esto ha llevado a J. D'Emilio a proponer que hubiese sido un escultor de ese taller mindoniense el que en torno al año 1100 hubiese realizado el frontal con destino al altar mayor de la antigua iglesia de San Pedro Fiz.

Finalmente, hay que hacer referencia, aunque cronológicamente no entren en el ámbito de estudio de esta publicación, a las imágenes góticas de Cristo crucificado y de la Virgen de la Leche que han sido datadas en el siglo XIV.

Texto y fotos: VNF - Planos: MMPG

Bibliografía

- ARIAS, M., 1983, p. 14; CASTILLO LÓPEZ, A. del, s.a.c. (1980), p. 932; CASTILLO LÓPEZ, A. del, 1972 (1987), pp. 293-298; CHAMOSO LAMAS, M., GONZÁLEZ, V. y REGAL, B., 1973, pp. 293-297; D'EMILIO, J., 1997, pp. 564-567; D'EMILIO, J., 2004, pp. 319-322; DELGADO GÓMEZ, J., 1987, pp. 15 y 53; GALLEGO DE MIGUEL, A., 1963, pp. 23-25; GARCÍA TATO, I., 2004, pp. 54-55, 68-71 y 148-149; GONZÁLEZ SÁNCHEZ, J. M., 1992, pp. 243-247; LÓPEZ VALCÁRCEL, A., 1962, pp. 151-157; RAMÓN Y FERNÁNDEZ-OXEA, J., 1943, pp. 258-263; REGAL, B., 1979a, II, pp. 334-344; RIELO CARBALLO, N., 1974-1991, XVII, pp. 166-167; VALIÑA SAMPEDRO, E. *et alii*, 1975-1983, III, pp. 281-285; VALLE PÉREZ, J. C., 1982, I, pág. 169 y nota 171; VÁZQUEZ SEIJAS, M., 1967, IV, pp. 47-49 y 52; YZQUIERDO PERRÍN, R., 1983a, pp. 99-107; YZQUIERDO PERRÍN, R., 1995a, X, 325-330; YZQUIERDO PERRÍN, R., 2002, pp. 102-103.



Santa María
la Real fundación



Santa María
la Real fundación



Santa María
la Real fundación